

SERVAIS PINCKAERS

## I. ALGUNAS NOTAS SOBRE LA TENDENCIA INTELECTUAL EN TEOLOGÍA MORAL

Desde la crisis de la Reforma, la teología católica y la teología protestante han escogido, por lo general, puntos de partida opuestos. La teología católica ha tenido la costumbre de partir de lo humano, de la filosofía, para dirigirse hacia la teología; de la apologética y de los argumentos de razón para acceder a la fe; de lo natural, para elevarse a lo sobrenatural, mientras que el protestantismo parte espontáneamente de la fe, de la Escritura, de la Palabra de Dios, y se muestra siempre desconfiado y crítico con respecto a lo humano, a la razón, que pertenecen para él a un orden separado del de la fe.

Estas tendencias generales se manifiestan en la moral. La base de donde han partido los moralistas católicos de los últimos siglos, en su reflexión y su argumentación, ha sido por lo común la ley natural y han considerado al Decálogo como su expresión autorizada. Efectivamente, la ley natural tiene la ventaja de ser accesible a la razón, de presentar una base sólida y universalmente válida para el estudio racional de las cuestiones morales, de situar asimismo la moral en la línea de la gran tradición filosófica antigua, griega y latina, reanudada por la Escolástica.

La doctrina de la ley natural posee de este modo un valor indiscutible en moral, y apenas se ve por qué se podría reemplazar en su función de fundamento racional. No obstante, no se ha re-

---

\* Traducción del original francés.

flexionado suficientemente, con miras a mantener la ley natural, en el cambio que se produjo en las posiciones respectivas entre la libertad y la naturaleza, entre el hombre y la naturaleza, a raíz del nominalismo: se pasó de la armonía a la oposición. Para el hombre moderno, la naturaleza aparece como el polo opuesto de su libertad, como una región que hay que conquistar y dominar. La ley natural ha sido arrastrada a esta oposición y se sitúa enfrente de la libertad.

Si queremos restituir a la ley natural su función necesaria en moral, es indispensable someter a crítica la oposición existente entre la libertad y la naturaleza, y mostrar que en el corazón del hombre existe una naturaleza que rebasa el plano físico o biológico de los seres que carecen de razón, y que es propiamente espiritual, es decir, compuesta de inclinaciones hacia la verdad, el bien, el amor, etc., que no se oponen a la libertad, sino que se encuentran en la fuente de la espontaneidad más personal. La doctrina de la ley natural no podrá recuperar su solidez, a no ser que lleguemos a restablecer una verdadera armonía entre la libertad y la naturaleza propia del hombre.

La dificultad de la tendencia de los moralistas católicos estriba en dejarse arrastrar demasiado por las consideraciones de razón, en la esfera de la ley natural, para acceder real y plenamente a la enseñanza evangélica, en una esfera propiamente teológica. En ellos se da incluso la tentación, que parece además especialmente intensa en nuestros días, de reducir la moral cristiana a los preceptos de la ley natural.

Para favorecer la tendencia que parte de lo natural, se invoca con frecuencia la frase de santo Tomás según la cual la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. De aquí se concluye que hay que empezar por estudiar y asegurar el don natural, en el hombre y en la moral, para elevarse a continuación a la gracia y a lo sobrenatural. La consecuencia no es vinculante en lo que se refiere al método que ha de seguirse en teología moral. Incluso se puede sacar de aquella, y con mayor exactitud, la conclusión inversa: como la gracia perfecciona la naturaleza, cuanto más nos entregamos a ella, a la luz de la fe, mejor descubriremos la naturaleza del hombre y sus virtualidades. Por la gracia se revela Dios al hombre y el hombre a sí mismo. Por consiguiente, convendría empezar por la fe y por el Evangelio en teología moral, con la seguridad de que así se percibiría mejor cuál es el verdadero bien del hombre, incluso en el plano simplemente

humano. En efecto, en su *Suma Teológica* santo Tomás empieza siempre por lo que corresponde a la parte de Dios, por lo que hay en Dios, ya que es principio y fuente en el orden del ser y de la verdad, para descender a continuación al orden de las criaturas. Así, por ejemplo, empieza el estudio de las virtudes por las virtudes sobrenaturales, con la fe a la cabeza, el tratado de las leyes por la ley eterna, como origen superior de toda legislación auténtica. Tal es el orden verdaderamente teológico, impuesto por la fuente primera de la teología, la ciencia propiamente dicha de Dios, otorgada por la Revelación y dirigida a la fe.

## II. ELEMENTOS FAVORABLES A UNA RENOVACIÓN DE LA TEOLOGÍA MORAL

La situación actual presenta varios factores que son favorables a una renovación de la teología moral.

1. El Concilio Vaticano II, precedido por una amplia renovación bíblica, ha permitido a los católicos el acceso pleno a la Sagrada Escritura. La Constitución *Dei Verbum* sobre la Revelación propone a todos los cristianos, y especialmente a los teólogos, la lectura, la meditación y el estudio de la Escritura, como la fuente primera de la "ciencia de Cristo", en relación con la Tradición (cap. 6, n. 21,24,25). El decreto *Optatam totius*, sobre la formación de los sacerdotes, desea que se ponga un cuidado especial en enseñar a los seminaristas la Sagrada Escritura, que debe ser como el alma de toda teología, "lo que vale de manera especial para la teología moral cuya presentación debe nutrirse más con la doctrina de la Sagrada Escritura" (n. 16). Tal retorno de la teología moral a la Escritura está totalmente en consonancia con la gran tradición teológica que viene de los primeros siglos.

2. El movimiento ecuménico, sancionado por el último Concilio en el decreto *Unitatis redintegratio*, favorece la superación del reflejo antiprotestante mediante una vuelta a las fuentes comunes, mediante una recuperación de ciertas riquezas de la moral cristiana, demasiado olvidadas desde la crisis del siglo xvi y que pertenecen a la tradición católica anterior, como el relevante papel ejercido en moral por la fe, por el Espíritu Santo y la Palabra de Dios.

3. La constatación actual de las deficiencias de la casuística impulsa a los moralistas católicos a realizar un esfuerzo de reno-

vación que no puede limitarse ya a arreglos parciales, sino que debe conducir a una revisión de los fundamentos propiamente dichos de esta parte de la teología. Esto no quiere decir, en absoluto, que haya que rechazar la enseñanza moral de los manuales en toda su extensión, como caduca y prescrita en lo sucesivo. Conviene distinguir aquí entre el continente y el contenido, entre una sistematización de la moral que es la obra de una época, y el contenido, formado por posiciones y prescripciones morales concretas que pueden pertenecer a la Revelación y a la Tradición de la Iglesia, y tener un valor permanente.

Ciertas partes de la moral de orden racional, tales como la doctrina acerca de la ley natural, pueden tener también un valor duradero y ser acogidas por nosotros, aun cuando tengan que someterse a cierta reinterpretación para ser aprovechadas plenamente. En esta delicada labor de discernimiento, creemos que la comparación con los mejores representantes de la tradición teológica antigua será de una gran ayuda. En este esfuerzo, la crítica debe esforzarse por mantenerse siempre exactamente al servicio de la construcción y de la renovación de la moral cristiana.

4. El desarrollo de las ciencias históricas, su aplicación al estudio de la Biblia, de los Padres, de los grandes autores cristianos, nos ofrece una masa de materiales y de conocimientos mucho más vasta que la que los antiguos tenían a su disposición. Además, el desarrollo del sentido histórico nos permite captar mejor una dimensión constitutiva de la búsqueda de la verdad, así como de la evolución de la actuación humana. Podemos conocer mucho mejor las principales etapas de la historia y de la evolución de la teología, y estudiar mejor las obras de los grandes teólogos, asociando la perspectiva histórica a la reflexión especulativa. Añadamos finalmente la aportación de las ciencias modernas al conocimiento de la actuación humana que nos limitaremos a evocar aquí.

### III. ORIENTACIONES PARA LA TEOLOGÍA MORAL EN SU ESFUERZO DE RENOVACIÓN

#### *La fe como punto de partida*

Las diversas condiciones que favorecen un nuevo arranque de la teología moral católica serán, no obstante, ineficaces, en nuestra opinión, si no tenemos el valor de abordar la cuestión meto-

dológica de fondo, es decir: ¿cuál es la fuente primera y, por lo tanto, el punto de partida primero de la teología moral? ¿Es la fe o más bien el dato racional?

En nuestra opinión, la teología moral debe tener la audacia de situar nuevamente en el comienzo de su búsqueda, como fuente principal de luz y de fuerza para la acción, el acto de fe que somete y abre nuestra inteligencia a la Palabra de Dios, Palabra exterior gracias a la Escritura leída en la Iglesia, Palabra interior gracias a la acción del Espíritu Santo. El teólogo no es sólo un filósofo que toma como material de estudio los textos de la Revelación y emprende su elaboración con los métodos y los recursos de la razón. Ante todo es un creyente, que considera la Palabra de Dios como fuente de luz y de vida superior a toda razón y a toda palabra humana, para quien la recibe con fe viva.

Es posible, francamente, aplicar a la teología la enseñanza del Prólogo de San Juan: "En el principio era el Verbo ... y el Verbo era Dios ... Todo fue por él y sin él nada fue. El era la vida de todo ser y la vida era la luz de los hombres y la luz luce en las tinieblas ... El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre ... La gracia y la verdad nos ha venido por Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer".

Entre las criaturas, estas palabras se dirigen principalmente al hombre en su búsqueda de Dios por medio de la inteligencia y de la voluntad libre, en su demanda de la luz y de la vida, así como en su lucha necesaria contra las tinieblas, el pecado y la muerte, y todo ello para formar en él la fe. Por consiguiente, podemos decir: al comienzo de la creación, pero también de la teología y de la teología moral, está el Verbo, la Palabra de Dios, como fuente de luz para la vida, como principio de esta sabiduría de Dios que nos llega a través de Jesucristo y de El solo, en su función de revelador del Padre y de los caminos que conducen a él.

Adoptar nuevamente la fe y la Palabra de Dios como punto de partida y fuente superior de la moral cristiana no significa de ningún modo que abandonemos el método de la teología católica para aceptar el del protestantismo, sino más bien que queremos entroncarnos con la gran tradición católica que se remonta a los orígenes, de acuerdo con San Pablo, con los Padres, con San Agustín, con la mejor teología medieval, con Santo Tomás de Aquino, entre otros. Esta prioridad concedida a la fe implica muchas con-

secuencias: que atribuyamos la primacía en moral a la enseñanza evangélica, al Sermón de la montaña en especial, como expresión de la Ley nueva, a la acción del Espíritu Santo a través de la gracia, de las virtudes teologales y de los dones, a los temas de la imitación de Cristo y de la vida en Cristo, indicados por San Pablo, etc.

### *El salto de la fe*

No podemos atribuir una primacía real a la fe en teología, especialmente en moral, sin llevar a cabo lo que podría llamarse el "salto" de la fe, y comprometernos en una disputa de fondo con el humanismo de nuestro tiempo. La fe comporta un salto en la obscuridad más allá de la sabiduría y de la ciencia humana (filosofía, ciencias, nuestras ideas y sistemas, nuestros sentimientos, nuestras perspectivas humanas y proyectos ...) para acoger la sabiduría y la ciencia de Dios ocultas en Jesucristo. Se impone, en este caso, la audacia que señalaremos: la fe en la fe, es decir, en el hecho de que contiene realmente una luz superior. Tal acto de fe nos arrastra necesariamente a una confrontación con el humanismo, es decir, precisamente con la tentación que éste entraña para el hombre de considerarse como principio, centro y fin de su vida, de sus actos, de sus conocimientos, si no del universo. La fe nos llama a colocar nuestro principio y nuestro fin fuera de nosotros, en Dios por medio de Jesucristo, es decir, en el orden de la acción, por la caridad que es amor de Dios por encima de todo, porque él nos ha amado el primero, y en el orden del conocimiento, por medio de la fe, para que él se convierta en nuestra luz, y esto a riesgo de parecer locos y escandalosos a los ojos del mundo.

Tal es el comienzo de la teología cristiana; fuera de este acto de fe original no hay teología verdadera. La disputa con la tentación humanista empezó con la predicación de San Pablo frente a la sabiduría griega. Ha proseguido a lo largo de la historia de la Iglesia y ha sido ocasión de numerosas herejías. Resurgió en la crisis protestante, en las condiciones de pensamiento y de vida peculiares del siglo xvi. Actualmente no la podemos evitar, si queremos aportar una respuesta cristiana a la cuestión moral decisiva y primera: el fin del hombre, criterio último de sus actos y de su vida, ¿se encuentra en Dios o en el hombre? o de otra forma: ¿vamos a poner nuestra fe en el hombre, o en Dios por medio de Jesucristo?

*La luz de la fe*

Sin embargo, la "fe en la fe" y la cuestión del humanismo presentan otra cara. La fe no es un simple "credo quia absurdum", en el sentido habitual de tal expresión. Se ha insistido quizá demasiado en el carácter obscuro de la fe y, como consecuencia, no se ha considerado suficientemente la luz y la fuerza que dispensa a la inteligencia y a la voluntad. Según el principio metodológico agustiniano: "Credo ut intelligam", o: "Nisi credidero non intelligam", creemos para llegar a conocer mejor y ver mejor. Esto presupone que en el arranque propiamente dicho de la fe hayamos comprendido que la Palabra de Dios que la causa, es verdadera y buena, es fuente de luz y de amor. La fe en la fe contiene, por consiguiente, la percepción de una luz y de una sabiduría verdaderas en el seno de la fe ("sin embargo, usamos un lenguaje de sabiduría", dice San Pablo en I Cor. 2,6), que se manifiestan a continuación por la fuerza de asimilación de la fe con respecto a la razón y a la sabiduría humana, frente al humanismo, en una palabra, cuando éste se ha desembarazado de la tentación de antropocentrismo que ha introducido en él el orgullo del hombre.

¿Acaso la sabiduría de Dios que actúa a través de la fe y de la caridad no es capaz de purificar la razón y el corazón del hombre, de asumir la sabiduría y la ciencia humanas en un conjunto vivo y armonioso de la luz de la fe y de la razón? ¿Acaso San Pablo no nos invita a trabajar para lograr esa sabiduría verdaderamente teológica, cuando escribe a los filipenses, después de haberles deseado que la paz de Dios que supera toda inteligencia tome bajo su cuidado sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús?: "Finalmente, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo lo que puede haber de bueno en la virtud y la alabanza humanas, eso es lo que debe preocuparos" (Phil. 4,8). Estas expresiones evocan lo mejor de la sabiduría griega.

Esta fue exactamente la labor de la teología cristiana de siglo en siglo, en consonancia con estos dos principios que constituyen como dos etapas en la elaboración de la teología:

1. Aceptar y mantener la superioridad de la sabiduría de Dios comunicada por la fe con respecto a toda sabiduría y ciencia humanas, especialmente mediante la lucha contra la tentación de imperialismo y de antropocentrismo que éstas contienen.

2. Trabajar, a la luz de la fe y de la razón juntas, en la elaboración de una sabiduría cristiana que sea aquí abajo el fruto propio de la inteligencia creyente y que dé testimonio ante todo hombre, ante toda razón, en favor de la verdad evangélica. Se podrá hablar en este caso de un auténtico humanismo cristiano.

### *La ley natural*

En la esfera de la constitución de esta sabiduría teológica en el ámbito de la actuación humana intervendrá, como una pieza maestra, la consideración de la ley natural. Bajo la iluminación de la fe y de la experiencia cristiana se confirmará, reforzará, profundizará y comprenderá mejor esta base, indispensable para que la moral pueda elaborar sus reglas y sus juicios concretos. La ley natural podrá hallar una consonancia exacta, suave y fiel, con la acción de la gracia en el hombre, y continuará suministrando a los cristianos una base de armonía y colaboración con los hombres que no comparten su fe.

### *El universalismo de la fe*

Digamos finalmente que no debemos temer, en nuestra calidad de teólogos, encerrarnos en una especie de ghetto cristiano, separados de los demás hombres, si partimos de la fe que nos distingue de ellos. Más todavía, se trata de saber si nos atreveremos a creer en el poder de la fe y del Espíritu Santo que inspira y actúa a través de ella. La gracia del Espíritu Santo posee, en efecto, una fuerza de universalismo que supera en eficacia y en profundidad al de la razón, al cual no contradice, sino asume y eleva. El mismo San Pablo habría podido temer, con criterio humano, que su apostolado no le llevara sino a la formación de una secta religiosa al margen del judaísmo y del mundo griego. Pero él sabía que el Evangelio, cuyo mensajero era, estaba animado por un poder capaz de rebasar los límites y las divisiones que separaban a los pueblos y a las culturas de su tiempo. La cuestión estriba en saber si, por nuestra parte, teólogos y cristianos, tendremos la audacia de creer en la fuerza de la gracia de Dios para todos los hombres, y de comprometer en la aventura de la fe a nuestra inteligencia y a nuestra vida, o si permaneceremos prisioneros de nuestros horizontes demasiado humanos, bajo el temor de una razón que se ha vuelto más orgullosa que nunca de



sus conquistas, y, no obstante, se encuentra alterada en sus pretensiones hegemónicas por reiterados fracasos ante los principales problemas que interesan al hombre: las cuestiones del sentido de la vida, de la felicidad, del amor, del sufrimiento, de la justicia, de la muerte ... que constituyen la esfera propia de la moral. El moralista cristiano no puede menos de responder actualmente, a la cuestión de la fe; ésta se sitúa en el corazón mismo de su ciencia.

